

La ciudad de los niños

Francesco Tonucci

Pertenece al Istituto di Psicologia del CNR, de Roma (Italia).

A partir de la constatación de la soledad de la infancia, se ponen de relieve los efectos perversos de la ciudades que ignoran la existencia de numerosos ciudadanos, niños y niñas, que viven en ellas. Se proponen estrategias prácticas, que les otorguen un papel activo y protagonista. En el Anexo, se explica cómo en Fano, ciudad natal de Francesco Tonucci, se lleva a cabo la tentativa de pasar de la teoría a la práctica en la búsqueda de una ciudad educadora.

ciudad educativa, Francesco Tonucci, práctica pedagógica

UNA VEZ TUVIMOS MIEDO DEL BOSQUE

En un tiempo tuvimos miedo del bosque. Era el bosque del lobo, del ogro, de la oscuridad. Era el lugar donde nos podíamos perder. Cuando los abuelos nos contaban cuentos, el bosque era el lugar preferido para ocultarse los enemigos, las trampas, las congojas. Desde el momento en que el personaje entraba en el bosque, nosotros empezábamos a tener miedo; sabíamos que podía ocurrir algo, que ocurriría algo. La narración se hacía más lenta, la voz más grave. Esperábamos lo peor, porque lo peor estaba acechando.

En un tiempo, nos sentimos seguros entre las casas, en la ciudad, con el vecindario. Éste era el sitio donde buscábamos a los compañeros, donde los encontrábamos para jugar juntos. Allí estaba nuestro sitio, el sitio donde nos escondíamos, donde organizábamos la pandilla, donde jugábamos a mamás, donde escondíamos el tesoro... Eran los lugares donde se construían juguetes según las modalidades y habilidades robadas a los adultos, aprovechando siempre los recursos que ofrecía el medio. Aquél era nuestro mundo.

Pero en pocas décadas, todo ha cambiado. Ha habido una transformación tremenda, rápida, total, como nunca la había visto nuestra sociedad (al menos según consta en la historia documentada).

Por una parte, la ciudad se ha vendido, ha perdido sus características, se ha convertido en peligrosa e insegura. Por otra, han aparecido los verdes, los ambientalistas, los animalistas a predicar lo verde, el bosque. El bosque ha pasado a ser bello, luminoso, objeto de sueños y de deseos. La ciudad, en cambio, se ha convertido en algo sucio, gris, monstruoso.

HOY TENEMOS MIEDO A LA CIUDAD

En los últimos decenios, y de una manera totalmente evidente en los últimos cincuenta años, la ciudad, nacida como lugar de encuentro y de intercambio, ha descubierto el valor comercial del espacio y ha alterado todos los conceptos de equilibrio, bienestar y comunidad para seguir solamente programas de provecho, de interés. Se ha vendido, se ha prostituido. Los pobres han sido transferidos a la periferia, a casas nuevas, todas iguales e idénticas a las que se ven en la televisión. Los centros históricos son ahora oficinas, bancos, fastfood, sedes de representación, viviendas ricas y refinadas. A la caída de la tarde, el centro de la ciudad se vacía y se hace peligroso; la gente tiene miedo de ir sola; allí están los drogadictos, los ladrones, los malhechores.

La ciudad es ahora como el bosque de nuestros cuentos.

En la periferia se duerme y, para dormir, el verde no sirve. El verde está en los parques. La diversión, en la zona de los cines. También hay el hospital, el lugar de las enfermedades; la guardería, el lugar de los niños peque-

ños; las residencias, alojamiento de los ancianos.

La ciudad se ha desarrollado con la separación y la especialización. La separación y especialización de los espacios, de las funciones, de las competencias. Los daños de las expropiaciones, de las separaciones, se han compensado con los servicios, típicos productos del bienestar y de la nueva dinámica que se ha establecido en las últimas décadas entre los administradores y su electores. Se vive lejos del centro, pero hay medios de comunicación cada vez más rápidos; se tienen niños y no se sabe dónde dejarlos, pero hay guarderías, etc. Se está mal, pero se está cómodo. Lo importante es que el ciudadano que vota quede satisfecho y lo quede en el breve tiempo del mandato electoral. El tiempo de los políticos es corto; los proyectos a largo plazo no son rentables, no aportan votos.



Naturalmente, con una situación así, donde todos sufren, el niño sufre todavía más. Con él, la compensación, la monetización del daño no funciona. Los servicios, pensados para los adultos que votan, no son buenos para el niño. Si le arrebatamos el lugar de juego al pie de su casa y se lo devolvemos, quizá cien veces mejor y más grande, a un kilómetro de distancia, en realidad se lo hemos robado. Y punto. Al parque lejano sólo podrá ir si un adulto lo acompaña; por tanto, sólo dentro del horario del adulto. Podrá ir únicamente si se cambia, si no da vergüenza ir con él por la calle; quien lo acompaña debe esperarlo y mientras lo espera, lo vigila; pero bajo vigilancia no se puede jugar.

En la nueva ciudad, rica y consumista, el niño está solo. En el siglo que ha descubierto al niño, su capacidad, su desarrollo precoz; que ha definido y pro-

mulgado sus derechos fundamentales a la vida, a la salud, a la instrucción, al juego, al respeto; que le dedica estudios, libros y convenciones, el niño se encuentra con un sufrimiento nuevo, regalo del bienestar y del egoísmo: la soledad.

PERO, ¿QUÉ PUEDE HACERSE? LA SOLUCIÓN PRIVADA, INDIVIDUAL

Naturalmente, esta situación, evidente para todos aquellos que tienen hijos, produce preocupación, inquietud, deseos de hallar alguna solución.

Me parece que hay dos maneras de enfrentarse a un estado de cosas que nos ocasiona tanta desazón y sentimiento de culpabilidad. Una de ellas es privada, personal, resignada e individualista; otra, social, política y cooperativa.

La primera está claramente patrocinada por nuestra sociedad, sus medios de comunicación, sus técnicos (psicólogos, consultores familiares...), incluso por la producción comercial. Es la que se sugiere con recomendaciones tales como: «Los padres han de estar más con sus hijos», «Nadie puede estar con los niños como el padre y la madre», «Hay que jugar más con los hijos». Naturalmente, estas invitaciones son un contraste muy fuerte con una vida apresurada; con las horas empleadas en desplazamientos; con las ganas, cuando se llega a casa, de relajarse un poco. Producen un vivo sentimiento de culpa y colocan a los adultos en las mejores condiciones para aprovechar, con agradecimiento, tantos y tantos productos comerciales. Buenos ciudadanos de la ciudad consumista, intentamos sofocar aquel sentimiento pagando, comprando.

Es entonces cuando se organiza la casa como si fuera un refugio antiatómico: fuera está el peligro, la maldad,

el tráfico, la droga, la violencia, el bosque oscuro y amenazador; dentro, la seguridad, la autonomía, la tranquilidad: es la casita segura de los tres cerditos. Las puertas se blindan, se arman con barras y cerrojos, con mirillas para ver sin ser vistos; se instalan videófonos; normas de la copropiedad impiden la entrada a los extraños. Se enseña al niño a no abrir a nadie (¡y se pretende educar a los hijos en la tolerancia, la solidaridad y la paz!). Dentro de casa, todo aquello que sirve para estar bien, tranquilos y solos, incluso durante largo tiempo: televisor, vídeo, videojuegos y, sobre todo, juguetes, infinidad de juguetes. Y para que el niño no esté siempre en casa, se le inscribe a un cursillo de natación, a clases de guitarra, a un curso de inglés, etcétera, etcétera.

LA SOLUCIÓN SOCIAL, POLÍTICA. REPENSAR LA CIUDAD TOMANDO AL NIÑO COMO PARÁMETRO

La segunda actitud consiste en rechazar la resignación y denunciar este progreso (o mejor, no-progreso) deseado por pocos, pero sí por unos intereses innobles que nada tienen que ver con el bien público, la felicidad de los ciudadanos y la calidad de vida. Es la actitud que considera el problema no como individual y personal, sino como social y político; que pretende que la tendencia cambie, que la ciudad cambie.

No se trata de poner en práctica iniciativas, oportunidades y estructuras nuevas para los niños. Tampoco de defender los derechos de un estamento social débil, ni de modificar, actualizar o mejorar los servicios para la infancia (que, naturalmente, son uno de los deberes de la Administración pública).

De lo que se trata es de adquirir una visión nueva, una filosofía nueva de la evaluación, programación, proyecto y modificación de la ciudad.

Hasta ahora, y especialmente en las últimas décadas, la ciudad se ha pensado, proyectado y evaluado tomando como parámetro el «ciudadano medio» que, en general, responde a las características de adulto, varón y trabajador. De este modo, la ciudad ha prescindido de todos los ciudadanos no adultos, no varones y no trabajadores.

Se propone que la Administración sustituya el «ciudadano medio» por el niño, que acepte que su visión tiene que descender hasta la altura del niño para no perder a ninguno de los ciudadanos que representa. Que aprenda a escuchar y a comprender a los niños en su diversidad, porque sólo así será capaz de comprenderlos con todas sus diferencias.

Para una Administración comunal, abrir un laboratorio sobre «La ciudad de los niños» significa enfrentarse continuamente a los problemas, los derechos y las necesidades de los niños (véase Anexo). Significa también aceptar un conflicto que nunca terminará, aunque siempre será de una gran riqueza y de una alta cultura, porque el conflicto entre el niño y el adulto es permanente, no acabará nunca, siempre se desplazará un poco más allá.

E, indudablemente, significa aceptar una verificación transversal y continua de todas las informaciones y decisiones administrativas, desde las propiamente administrativas hasta las sanitarias, pasando por las comerciales y las que afectan al ocio.

Por esto, es una decisión personal tomada y garantizada por el alcalde.¹

QUE LOS NIÑOS PUEDAN NUEVAMENTE SALIR SOLOS DE CASA

El objetivo de esta nueva filosofía de la administración de la ciudad es aparentemente irrelevante y sencilla: que los niños puedan nuevamente salir solos de casa.

Afirmaciones como ésta, que hace pocos años hubieran suscitado sonrisas de condescendencia hacia el pobre iluso de turno, empiezan hoy a despertar la atención de no pocos ciudadanos, de algunos alcaldes y de todos los niños.

Pero el objetivo es que los niños puedan salir otra vez solos, que no se vean condenados a estar durante tardes enteras delante del televisor, que no tengan que correr de una escuela a otra, que puedan nuevamente buscarse un amigo y, jugando juntos, descubrir cosas. ¿Qué significa esto para la ciudad? Simplemente, que la ciudad ha de cambiar, toda, completamente, aunque de manera gradual.

El niño se considera un indicador ambiental sensible: si en una ciudad se ven niños que juegan y pasean solos, significa que la ciudad está sana; si no es así, es que la ciudad está enferma.

Una ciudad donde los niños están por la calle es una ciudad más segura no sólo para los niños, sino también

para todos los ciudadanos. Su presencia anima a otros niños a bajar, y aleja el riesgo que suponen los automóviles y otros peligros externos.

Esto significa devolver a los niños la posibilidad de jugar, de adquirir la experiencia, tan necesaria, de la sociabilización espontánea, de vivir experiencias autónomas. Pero, para que sea posible, hay que actuar a varios niveles:

- *Renegociar la relación de poder y de fuerza entre el automóvil y el ciudadano y, en particular, con el niño.* Distinguir y tratar de manera diferente tanto los proyectos como los comportamientos de las calles abiertas al tráfico (en ellas, los peatones tendrán que aceptar las condiciones de los automóviles) y de las calles peatonales (a las cuales pueden acceder los automóviles, pero aceptando las condiciones de los peatones). Esta renegociación deberá disminuir el miedo de los adultos a los peligros externos.

- *Ayudar a los adultos a comprender que los niños tienen necesidad de salir, de buscarse, de jugar juntos; que las casas son peligrosas; que encerrar a los niños en casa significa confiarlos a la televisión.*



- *Encontrar y formar nuevos aliados de los niños.* Antes, los niños eran de todos, reconocidos y protegidos por el vecindario; ahora, gran parte de esta solidaridad social se ha perdido. Hay que identificar y formar nuevos aliados de los niños. Podrían serlo, por ejemplo:

- La policía municipal, que tendría que formarse para ser no sólo vigilantes de los automóviles, sino también amigos de los niños, y comprometerse a responder solícitamente y con sensibilidad a todas sus necesidades (desde la de hacer pipí hasta la de llamar a casa, pasando por el temor hacia cualquier persona molesta o la compra de un billete para el autobús).

- Los ancianos, que serían invitados a no permanecer en sus residencias o clubes, sino a salir al aire libre, a lugares específicos de encuentro, desde los cuales verían y vigilarían a los niños.

- Los comerciantes, los artesanos y, finalmente, todos los que están en la calle y pudieran dar una ojeada a los niños, poniéndose, si fuere necesario, a su disposición (se está pensando en un adhesivo que, expuesto en los escaparates, permitiría a los niños reconocer a los comerciantes dispuestos a ayudarlos).

Si los niños pudiesen de nuevo salir solos de sus casas se resolverían muchas contradicciones que hoy hacen difícil su vida cotidiana y la de la misma ciudad. La infancia pasa hoy mucho tiempo en casa, y es en el hogar donde se dan, según las estadísticas, el mayor número de accidentes. ¡Los mantenemos dentro de casa para defenderlos de los peligros externos y los dejamos precisamente en el lugar más peligroso! Pero el espacio doméstico siempre será peligroso, por más prevención que hagamos, si el niño pasa la mayor parte de su tiempo dentro de casa sin saber qué hacer. Niñas y niños pasan demasiado tiempo frente al televisor, cuestión que preocupa a todos los padres y educadores occidentales. Ciertamente, podemos prohibirles que vean mucha televisión, pero esto supone vivir un continuo conflicto con ellos. Sin embargo, podemos hacer realidad la única experiencia que, en todas las encuestas, es más deseada que el ver la tele: jugar con los otros niños. Los niños van a la escuela sin tener experiencias personales, vivencias individuales que comunicarse y confrontar con los otros, puesto que viven en grupos preconstituidos en las diversas escuelas a las que asisten, sean públicas o privadas; y asisten a los mismos espectáculos que les ofrece la televisión, iguales para todos. También la propia escuela, para cumplir bien su tarea de momento de elaboración cultural, a partir de los conocimientos del alumnado, tendría necesidad de unos niños

más autónomos, más ricos, más protagonistas.

Repensar la ciudad, quererla distinta, adaptada a todos, incluso a la infancia, es una necesidad urgente; no se trata de retroceder hacia el pasado en busca de un romanticismo rural o de barrio de los años 40, sino de preparar para un futuro distinto, no exclusivamente controlado por la producción comercial. Un futuro en el que exista el deseo y la posibilidad de pensar en el bienestar y en la solidaridad. De ese futuro, los niños son símbolo, reto y garantía.

(1) Actualmente, en Italia, el alcalde es elegido directamente por el pueblo, con un voto dissociado del que se da a los partidos políticos. Por esto, su papel es muy significativo y simbólico respecto a la ciudad.

Artículo traducido del original italiano por Jaume Gavaldá.

Anexo

EL LABORATORIO DE FANO

El Ayuntamiento de Fano abrió, en 1991, un laboratorio llamado «Fano, la ciudad de los niños», al que asignó una sede y personal. Además, pidió al doctor Francesco Tonucci que lo dirigiera. El objetivo del laboratorio es, por una parte, repensar la ciudad y modificarla realmente, tomando al niño como parámetro.

Dentro de Fano

• *Ceder la palabra a los niños.*

Éste es el aspecto más típico: nadie puede representar a los niños sin antes consultarles, implicarles, escucharles. Hacer hablar a los niños no significa pedirles que resuelvan los problemas que nosotros les creamos, sino aprender a tener en cuenta sus ideas y sus propuestas.

— *Consejo Municipal anual abierto a los niños.* En él los niños tienen derecho a presentar sus propuestas, peticiones y protestas, a las que deben responder los asesores y concejales.

— *Consejo de los Niños.* El Consejo está formado por una niña y un niño elegidos en cada escuela de la ciudad. Es una estructura consultiva del laboratorio, que discute con sus responsables los diversos problemas que se presentan, partiendo del punto de vista infantil. Se reúne mensualmente.

— *Proyectos de los niños.* Desde hace dos años, grupos de niños de la Escuela Elemental y Media, animados por jóvenes arquitectos faneses, están estudiando el uso y el mobiliario urbano de áreas de la ciudad; a la vez, realizan verdaderos proyectos: jardines, plazas, monumentos.

• *Introducir al niño en el pensamiento de los adultos.*

— Seminarios anuales con el alcalde, la Junta y los funcionarios municipales sobre el problema de la ciudad, partiendo de la idea de que el niño ha de entenderse como problema transversal que afecta a todas las instituciones y no solamente a los servicios a la infancia.

— Curso de formación para la policía municipal, titulado «El policía municipal, amigo de los niños».

— Encuentros con responsables del Hospital Pediátrico; con profesores y estudiantes del Instituto de Magisterio y de Arte; con las asociaciones de ancianos; con comerciantes, hoteleros y restauradores.

• *Cambiar la ciudad.*

Invertir para cambiar realmente las cosas en nuestra ciudad y hacer que gradualmente se adapte más a los niños.

— *Un centro de educación sobre la naturaleza.* Impedir la urbanización de una antigua huerta urbana y cederla a asociaciones pro naturaleza con el fin de que la destinen a centro educativo. Para esta zona, el Consejo Municipal ha votado una variación de nivel regulador casi único: de área de edificación civil a área educativa,

costeada por el Ayuntamiento en más de mil millones de liras.

— *Un hospital para niños*. Propuestas de modificaciones estructurales en el Hospital Pediátrico para que reconozca a los niños como tales y no sólo como pacientes.

— *Jardines escolares*. Propuestas para que reestructuren los jardines escolares como áreas educativas.

— *Verde elemental*. Propuestas al Ayuntamiento para una ordenación mejor de los espacios verdes elementales (los próximos a las casas); rechazo de los estereotipos de los «jardines para niños» e intento de responder a las expectativas reales de los pequeños.

— *Sello de calidad «niños»*. Propuesta a los hoteleros, restauradores y propietarios de campings para que reestructuren sus locales y servicios a fin de que respondan mejor a las exigencias de los niños. Propuestas para instituir un logotipo de calidad para las estructuras que respondan a estos requisitos.

— *Las opiniones del laboratorio*. La Junta Municipal se ha comprometido a enviar todos los proyectos de modificación de la ciudad al laboratorio para que éste, con la colaboración del Consejo de los Niños, pueda expresar su opinión desde el punto de vista de los pequeños.

— *Un día sin automóviles*. A petición de los niños, el Consejo Municipal ha aceptado cerrar al tráfico, una vez al año, las principales calles de la ciudad y regalarlas a los niños para que puedan jugar «en medio de la calle».

— *A la escuela, solos*. Se están verificando las condiciones que permitirán empezar a experimentar en un barrio la posibilidad de que los niños de la Escuela Elemental hagan solos el trayecto entre su casa y la escuela, movilizand o a familias, policía municipal, ancianos y comerciantes.

Fuera de Fano

El Laboratorio «Fano, la ciudad de los niños» ha sido presentado como punto de referencia nacional para el estudio, el proyecto y la experimentación de propuestas destinadas a modificar la relación entre la ciudad y los niños. Considera como interlocutores privilegiados a los administradores:

— Invitación periódica de los administradores a momentos de encuentro e intercambio.

— Creación de un centro de documentación.

— «Yo y mi ciudad» es una invitación a los niños de todas las escuelas italianas para que estudien sus propias ciudades; ha sido ofrecida por el Ministerio de Instrucción Pública en un programa 1994-2000, presentado en Fano en el mes de abril último; contiene trabajos, proyectos, procedimientos, etc.; el tema del próximo año 94-95 será «Fuera, el verde», y tratará de la utilización de los desechos de la urbanización.

— El Laboratorio ha sido reconocido por el Ministerio del Ambiente como laboratorio territorial de educación ambiental en el contexto de la realización de una red de centros de educación ambiental que tiene lugar a nivel nacional.

Una propuesta nacional

Se intenta que en Fano nazca una especie de manifiesto que se enviaría a la totalidad de los nuevos alcaldes, para que en todos los municipios donde se sienta esta exigencia y esta urgencia se cree un laboratorio «*La ciudad de los niños*». En torno a esta propuesta, podría surgir un grupo nacional que garantizase la coordinación, el intercambio y el estímulo de las diversas iniciativas locales.

Laboratorio «Fano la città dei bambini».

Via Arco d'Augusto 2.

61032 Fano (PS). Italia.

Fax 07 21 80 32 73.